

CATEQUESIS BIBLICA DE LOS SACRAMENTOS

JOSÉ LUIS LARRABE

INTRODUCCION

El sacramento tiene sentido en el contexto dinámico de la historia de la salvación. Ese es el marco propio donde se sitúa un sacramento, el ámbito vivo donde se muestra significando algo y tratando de llevar a la práctica eficazmente algo, ¿qué?

Tres cuestiones fundamentales

1. El sacramento es un signo: de Dios que nos habla con signos: Dios se nos acerca en ellos a la manera humana: hablando, dialogando, diciendo ¿qué?

2. ¿Cuál es la realidad salvífica (saludable) que nos muestra y a la que nos quiere llevar eficazmente, aunque libremente: por los caminos de la libertad, de la fe y del amor, no mágicamente ni mucho menos contra la libertad del hombre? La respuesta no es simple (nos dan la gracia) sino más profunda y completa: los sacramentos nos muestran y nos llevan a la vida y misterios de Cristo, al modo suyo de interpretar la vida humana, a la identificación con su misterio pascual de muerte y resurrección, a vivir el presente en la gracia, a la salvación final y escatológica. Es decir: el sacramento nos habla de la voluntad salvífica de Dios «que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad» (I Tim. 2, 4); de la encarnación de Cristo (los sacramentos se sitúan en línea de continuidad con la encarnación de Cristo); por consiguiente son celebraciones de la Iglesia (SC 26): actos de Cristo mismo, puestos por la visibilidad de la Iglesia: en los sacramentos se celebra la comunión con Cristo y la corresponsabilidad con la Iglesia.

3. «Renuévase, pues, el rito, dirá constantemente el Concilio Vatica-

no II (SC 21.26.27.72 etc.) de manera que demuestre mejor la naturaleza y efectos que significa». Esta renovación no es puramente litúrgica (mejorar simplemente el rito) sino bíblico-teológica, es decir, asumiendo toda la dimensión significativa de los sacramentos (que Dios se nos acerca hablando, significando) y asumiendo toda la amplitud de las realidades significativas (no sólo la gracia) sino todas las realidades salvíficas, salvantes: Dios, Cristo, la Iglesia, etc.).

De ahí que las palabras y los ritos de la celebración tengan tanta importancia, ya que como decían los Santos Padres, si no reflejaran lo que Dios quiere decir y hacer, no serían sacramentos.

I.—EL «MISTERIO» SALVIFICO EN LA BIBLIA (A.T.)

1. LA VIDA COMO SACRAMENTO DE ENCUENTRO CON DIOS.

La vida misma en primer lugar, es el sacramento del encuentro con Dios, según textos-clave acerca del «misterio» en el Antiguo Testamento (A.T.). No se trata, pues, ante todo de una *doctrina* oculta y misteriosa; tampoco de un *rito* cultural, sino de la interpretación de la vida; interpretación de la vida; interpretación tan diversa y hasta contradictoria según se trate de los justos o injustos.

Según el Libro de la Sabiduría el error de éstos últimos, los injustos, radica fundamentalmente en que desconocieron el «misterio» [sacramento] de Dios. ¿Cuál es la realidad designada con esa palabra y por qué se le llama con el nombre de «misterio» [o sacramento]? «Ellos, los impíos, ignoran los secretos de Dios, no esperan recompensa por la santidad, ni creen en el premio de las personas intachables» (Sab. 2, 22).

Dos interpretaciones se dan a este versículo: la primera ofrece la siguiente lectura: «los injustos ignoran los misterios de Dios y además no esperan recompensa alguna en el más allá. Parece como si cometieran dos errores: uno, contra Dios: «ignoran a Dios»: su misterio, su secreto; otro, contra el prójimo: no creen en la justicia, ni esperan nada de ella: nadie la va a tener en cuenta, de nada sirve ser justos; es un mismo sujeto el que comete ambos errores: es impío contra Dios, y es, además, injusto para con los hombres, como si estos dos errores no tuvieran conexión esencial y vital entre sí.

Pero todo lleva a pensar —según una interpretación más acertada a nuestro modo de ver— que la conexión entre ambos errores es más íntima y profunda; que no hay dos errores diversos e independientes uno del otro, sino que la falta de justicia es consecuencia de «ignorar a Dios» y dejarlo de lado: «los impíos ignoran a Dios»: y el reverso de esta misma moneda

es que «no esperan recompensa de la justicia»: no creen en la justicia y fidelidad de Dios: es, pues, un único error cuyo anverso es teológico y el reverso antropológico. Y es que en esto consiste el plan salvífico de Dios para con las personas justas: su salvación inmortal (v. 23), el respeto al hombre «hecho a imagen de su misma naturaleza» (v. 23), que la muerte no entra en el plan salvífico de Dios, y que los que emprenden otros caminos lo hacen libre y voluntariamente (v. 23).

a) *La concepción de la vida según el impío o injusto.*

La concepción de la vida que se hacen los impíos es la siguiente: la vida es breve y la muerte definitiva (Sab. 2, 1). Nadie se libra de la muerte [total]. Seremos como si nunca hubiéramos nacido (2, 2). La vida es como un soplo; la muerte es irreversible, no retorna sobre sus pasos, es decir, la negación de un más allá (2, 2-5). Esto implica naturalmente la ausencia de la providencia de Dios: «por azar llegamos a la existencia» (2, 2). Y de todo esto la consecuencia práctica que saca el impío: vivamos *esta* vida, pues no hay otra. La ley de la fuerza, no la del amor y la justicia, se convierte en ley de vida: «sea nuestra fuerza la norma de vida y conducta; que la debilidad, como se ve, de nada sirve [atender al débil]; tendamos lazos al justo, que nos fastidia; denuncia nuestro modo de obrar» (v. 11). El impío piensa que la vida debe vivirse de espaldas a Dios y sin necesidad de ajustarse a la ley moral, aprovechando todo lo que la vida ofrece ahora ya que dentro y más allá de todo esto no está Dios, sino que la muerte acaba con todos definitivamente. Esta sería la «sabiduría» del injusto, que no es sabiduría sino «insipientia». Y se cierra el capítulo con un juicio negativo del autor inspirado: «así piensan los necios pero se equivocan: su maldad los ciega; no conocen los «misterios» de Dios: ignoran su secreto, su «sacramento»: *niegan la concepción sacramental de la vida* misma: que no se agota en lo que se ve y lo que se toca, sino que dentro de lo que aparece en visibilidad está el secreto de Dios, la sabiduría de Dios, su plan de justicia y santidad: dentro de la vida y más allá está Dios mismo.

El injusto pues, no ha captado el misterio de Dios, que es el misterio de la vida misma: el sentido último y trascendente, el plan interior de esta vida, el plan ideado por Dios, es que esta vida —cualquiera que sea su corteza visible— dentro tiene una dimensión de justicia y fidelidad, de presencia y trascendencia de Dios: que la vida es sacramento de salvación.

b) *El justo y su concepción de la vida.*

En contraste con la concepción del injusto, el capítulo tres de la Sabiduría nos muestra el modo como el justo entiende la vida y su correspondiente meta final y definitiva: «los que en El confían, comprenderán la ver-

dad» (3, 9); no una verdad estática, poseída sólo noéticamente, sino una sabiduría dinámica, conductora de la vida en el amor (3, 9); los justos están en manos de Dios (3, 1), en la paz del Señor (3, 2); en el día de la visita del Señor brillarán por su justicia (3, 7). En resumen: la fe en Dios y la concepción misteriosa, «sacramental» de la vida del sabio, le lleva a la interpretación justa de la vida: a la salvación integral y final (3, 7).

Conocer el «misterio» o «sacramento» de Dios es, según otros textos de este mismo Libro de la Sabiduría (cf. 8, 4) estar iniciado en la sabiduría de Dios, ser conocedor de sus obras y planes divinos, admitido a la intimidad de Dios en cuanto Señor del Universo (8, 3), no es una sabiduría puramente teórica, sino una sabiduría que obra y hace todo (8, 5). «Mystis» aparece como iniciado en los misterios de Dios, en las intenciones salvíficas y gobierno de Dios respecto del mundo, de la historia y particularmente del hombre.

«No os ocultaré los misterios» (Sab. 6, 22) de la Sabiduría, una Sabiduría práctica y vital, ya que se trata de «seguir sus huellas» (6, 22), algo que *está oculto* en la intimidad de Dios pero que *se revela*, se anuncia, se promulga, se da a conocer para que acompañe en el camino de la vida (v. 23), que contribuye a la salvación del mundo (v. 24): hay que dejarse instruir de ella, porque es útil [para la vida] (v. 25).

En resumen: Cabe hacer dos preguntas a estas alturas de la reflexión bíblica: 1ª ¿Cuál es la realidad denominada por la palabra «misterio» o «sacramento»? La respuesta se orienta hacia la Sabiduría de Dios en cuanto presente en el mundo y en la historia, los planes salvíficos de Dios, su voluntad de salvación en favor de todos los hombres, la Sabiduría de Dios como providencia, es decir, una Sabiduría práctica, eficaz, salvadora, realizadora del plan divino de salvación para todos aquellos que se dejan guiar por ella; la Sabiduría de Dios en cuanto vence la muerte otorgando sentido a la vida, el mismo sentido que Dios quiere dar al mundo y a la historia, sobre todo al hombre: la Sabiduría acerca del destino de los hombres; 2ª ¿Por qué se los llama «misterios»? Porque de por sí no son patentes al hombre: pertenecen al ámbito de la intimidad de Dios, y Dios los va revelando a través del mundo y de los acontecimientos de la historia, sobre todo a través de la revelación bíblica y principalmente a través de Cristo.

Los hombres van respondiendo con dos clases de actitudes ante esto: por una parte están los impíos, los injustos, que desconocen (un desconocer culpable según el libro de la Sabiduría) «el misterio de Dios», el «misterio de la propia vida» (ya hemos hablado de su conexión mutua: cerrarse al «misterio» de Dios es cerrarse al «misterio» y sentido de la propia vida; y viceversa: no buscar el sentido último de la propia vida es cerrarse a Dios mismo). El otro grupo es el de los «sabios» según Dios; se los llama también

justos, porque no se concibe una sabiduría de Dios que no se ponga en práctica: no sería sabiduría sino necedad: ateísmo práctico...

2. EL «MISTERIO» O «SACRAMENTO» DEL REINO DE DIOS (Dan. 2, 1) UN REINO QUE JAMÁS SERÁ DESTRUIDO (Dan. 2, 44).

Se trata aquí de una visión: una piedra que se desprende de lo alto sin intervención humana, que golpea la estatua (los demás reinos) y se convierte en un gran monte que llena toda la tierra. Los magos no saben interpretar la visión (los planes de Dios no se saben por magia...). Interviene entonces el profeta. A este sueño necesitado de interpretación se le llama con el nombre de «misterio». También su significación es «misteriosa»: la de que en ese tiempo Dios fundará un Reino que será más fuerte que todo lo que se le oponga y permanecerá para siempre: jamás será destruido, un Reino que no tendrá fin. Se trata de una visión (ámbito de lo sensible) que tiene una interpretación (un contenido interno): de lo sensible a lo interno se pasa no por magia sino por profecía; por revelación de Dios y aceptación humana en fe (Dan. 2, 19). La realidad salvífica significada en este «misterio» o «sacramento» de Dios es el Reino escatológico de Dios que iba a establecerse en los últimos tiempos. Se trata de algo que depende de la potencia de Dios, una intervención poderosa y definitivamente salvadora de Dios en la historia, en la plenitud de los tiempos.

¿Por qué se le llama «misterio»? Porque es algo que estaba oculto en la intimidad de Dios, en el ámbito divino de sus planes de salvación y Dios nos lo revela. Y tiene una estructura «sacramental» porque la realidad salvífica oculta y misteriosa se nos comunica a través de imágenes sensibles y simbólicas que sugieren a la fe pero que no demuestran —mucho menos con ideas claras y distintas— su contenido de salvación. Oculta es la cosa significada: su realidad salvífica; misteriosa también la imagen sensible que la envuelve: algo así diremos más tarde sobre el agua del bautismo y su fuerza regeneradora; lo mismo ocurre con el pan eucarístico y la presencia salvadora de Cristo; y lo mismo ha de decirse de los demás sacramentos.

II.—CRISTO, SACRAMENTO DEL ENCUENTRO CON DIOS (N.T.)

1. EL SECRETO MESIÁNICO.

El gran sacramento de Dios según los Evangelios, es Cristo, si no nos quedamos en sus apariencias «el hijo del carpintero», sino si descubrimos el secreto mesiánico: en Él está Dios: he aquí el «misterio» por antonomasia de los Evangelios.

Una sola vez aparece la palabra «misterio» en los Evangelios [sinópticos]

(Mt. 13, 11; Mc. 4, 10-11; Lc. 8, 10). El contexto es el siguiente: una vez que Jesús ha expuesto la parábola del sembrador, los discípulos le preguntan el sentido de la parábola; más aún: le preguntan qué sentido tiene esa forma pedagógica de hablar que usa Jesús. La pregunta hecha a Jesús es: ¿Por qué les habla en parábolas?

La respuesta, según el Evangelio de San Lucas es: «a vosotros se os ha dado a conocer los misterios del Reino de Dios; a los demás sólo en parábolas» (Lc. 8, 10). De este texto evangélico se desprenden tres consecuencias importantes: la primera, la distinción entre un grupo cercano a Jesús «vosotros» y el grupo más lejano: «ellos»; la segunda enseñanza es que la distinta o diversa actitud (mayor cercanía y búsqueda) entre los oyentes es ocasión para que Cristo use diversas formas pedagógicas en su predicación (a mayor cercanía y búsqueda en pequeños grupos, Jesús accede a una catequesis más profunda e íntima). A los que se interesan, a los que quieren ver más, Jesús les explica más y más el misterio íntimo del Reino de Dios. La tercera —mejor diríamos que primera— enseñanza es que esta realidad oculta que es el misterio de Dios, el sacramento de Dios que es Cristo, se capta por la fe: por la fe en Jesús se sabe que el Reino de Dios está cerca, en vías de realización, está escondido en Cristo Jesús, es el secreto mesiánico: que en Él está Dios. Este es el «misterio» o «sacramento» de Dios. Y se llama «misterio» porque es la realización divina de salvación, el plan de Dios que se lleva a cabo en Cristo: todo esto pertenece a lo íntimo de Dios y que de por sí no es manifiesto al hombre si Dios mismo no lo revela y si no es manifiesto al hombre si Dios mismo no lo revela y si no se capta por la fe, único acceso al secreto mesiánico. Ni siquiera basta verlo con los ojos; más aún: incluso después de manifestado en parábolas, permanece de alguna manera oculto, velado, no del todo patentizado. Por medio de la fe pasamos del ver, sentir, captar la imagen a la realidad más íntima, salvífica, ofrecida por Dios en Cristo Jesús.

2. SAN PABLO, EVANGELIZADOR DEL «MISTERIO» DE SALVACIÓN.

En realidad no es uno sólo sino varios los misterios que San Pablo quiere explicar en sus cartas, por ejemplo en ésta a los Corintios: 1) frente al misterio del amor de Dios a nosotros, el de las desavenencias mutuas en aquella comunidad [y en toda otra] (cc. 1-6); 2) el misterio de la sexualidad y del matrimonio vividos «en Cristo», «en el Señor» (c. 7); 3) el misterio de la mesa eucarística en relación con el comportamiento en la gran mesa del mundo entero, es decir, el misterio de la eucaristía y sus consecuencias; 4) el misterio del más allá (cc. 15 y final de la carta). Todo esto dicho a una ciudad tan corrompida como lo fue Corinto...

Y San Pablo les quiere hablar del misterio de la Sabiduría que viene

de Dios en Cristo (I Cor. 2). Es la Sabiduría de la cruz de Cristo [de su vida y doctrina y de su misterio pascual], cuyo contenido es salvífico no ya solamente por ser doctrina, enseñanza acerca de la salvación, sino también y sobre todo por la fuerza de salvación que entraña y trae consigo. Y ese es el misterio del que es portador Cristo: una Sabiduría que es al mismo tiempo potencia de Dios, fuerza de salvación. También en San Juan la salvación está constituida por ambos elementos: Logos y Pneuma: Palabra y Espíritu.

Es una constante bíblica esta de que la salvación consta de ambos elementos: conocimiento de Dios y poder de salvación dado por Dios; sabiduría y potencia divina; Logos y Pneuma, es decir, Palabra y Espíritu de Dios, según San Juan. Este binomio se encuentra en toda época bíblica y siempre en torno al tema de la salvación. Se trata, pues, de conocer dónde está la verdadera salvación y al mismo tiempo de tener —recibida de Dios— la fuerza para lograrla. Para Pablo, esta sabiduría y fuerza se concentran —ambas— en la cruz de Cristo (I Cor. 1, 22). De este plan de Dios, verificado en Cristo Jesús, nos quiere hablar Pablo. Hay aquí todo un sentido de creación: Dios llama a lo que no es para hacerlo, y hacerlo valioso (1, 28). Y de salvación: «de El os viene que estéis en Cristo Jesús, al cual hizo Dios para nosotros sabiduría, justicia, santificación, redención, a fin de que el que se gloria, se gloríe en el Señor» (vv. 30-31).

Fijémonos en que el ambiente de fondo que hay en todo este tema es el de la salvación, la cual no consiste en ciertas tácticas para conseguir ciertos objetivos de este mundo, sino que se trata del misterio de la transformación de este mundo y del hombre en Cristo; y por Cristo tener acceso a Dios Padre.

Resumiendo: ¿dónde está la salvación? Y ¿cuál es el sacramento de salvación? Para el griego la [*sotería*] salvación se obtiene por medio de la sabiduría humana, como si a medida que se conoce más y más el mundo del espíritu, éste fuera separándose más y más de la materia, hasta llegar al desprendimiento total de la misma... *Para el judío* todo se cifra en el conocimiento perfectísimo de la Ley de Dios y su cumplimiento escrupuloso, como si éste pudiera ser efecto de las solas fuerzas humanas... *Para Pablo*: ni por la sabiduría humana (dirá a los griegos) ni por las obras de la Ley (a los judíos) sino por la cruz de Cristo [su vida y sus misterios pascales] donde está la sabiduría y fuerza de Dios: la salvación.

Dos preguntas salen al paso antes de seguir adelante: La primera se refiere a los destinatarios de este misterio o sacramento: ¿sólo los perfectos? (*teleíois*: I Cor. 2, 6). Este verbo griego significa perfección lograda, fin conseguido, trabajo concluido, plenitud acabada. Y los Padres griegos entienden que todos los bautizados están llamados a ser destinatarios de la profundiza-

ción en este misterio. Los Padres latinos interpretan que San Pablo está refiriéndose, sobre todo, a los cristianos *adultos* en la fe que buscan más profundidad y vivencia en este misterio fundamental. Conclusión: en realidad, todos los cristianos están llamados a entender y participar más y más en este misterio que es la vida, muerte y resurrección de Cristo: es decir, su misterio pascual, origen de todos los sacramentos. Pero no hay que olvidar la búsqueda y afán de profundización de los que quieren alcanzar el grado adulto de la fe y del compromiso cristiano (cf. Biblia de Jerusalén, nota a, p. 1533).

La segunda pregunta es: ¿de qué sabiduría se trata? Ciertamente no una sabiduría «de este mundo» (I Cor. 2, 6), para conseguir ciertos objetivos «mundanos», sino una sabiduría salvífica, que pertenece al ámbito de la divinidad de Dios y que El la va revelando en los últimos tiempos, en la plenitud de la revelación que es Cristo Jesús. Digamos, pues, a modo de resumen, que esa sabiduría misteriosa, a la que Pablo se refiere aquí, es el plan divino salvífico escondido antes en Dios (Rom. 16, 25) y revelado ahora para gloria nuestra. Un misterio sobrenatural: no sólo en cuanto a su *forma* de recibirlo (por revelación) sino también en cuanto a la sustancia o *contenido* salvífico ofrecido: «ni ojo vio, ni oído oyó, ni corazón humano presintió lo que Dios tiene preparado para los que le aman» (I Cor. 2, 9).

Es el Espíritu el que nos revela la grandeza de este misterio de salvación: «a nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu; el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios» (I Cor. 2, 10). En efecto, el Espíritu es el que nos mueve a aceptar por la fe todo ese plan de Dios, oculto en el misterio o sacramento que es para gloria y salvación nuestra (I Cor. 2, 7).

a) *Principalidad de la tarea evangelizadora de San Pablo.*

Un poco más adelante, el Apóstol desea y pide que se interprete su «servicio a Cristo y a la Iglesia» como de dispensador de los misterios de Dios (I Cor. 4, 1). Ahora bien, ¿cómo hay que entender esta «oikonomía» o dispensación de los misterios de Dios? En primer lugar, se trata de una dispensación que se hace al haber llegado la plenitud de los tiempos en Cristo (Ef. 1, 10). Supuesta esta revelación hecha en Cristo, el Apóstol, como «ecónomo» de los misterios de Dios anuncia con su palabra la revelación de Dios, la da a entender, la proclama, considera como primera y principal tarea suya la de *evangelizar*, hacer conocer ante todo el misterio de salvación: el Apóstol es testigo de todo esto, llamando a la fe en nombre de Dios (I Cor. 2-4).

Tiene San Pablo conciencia y constancia de haber sido asumido por Cristo para hacer pasar este misterio desde su fase oculta en Dios (Rom. 16, 25), mejor dicho, desde su primera proclamación en Cristo (Col. 1, 27) a una

mayor claridad y evangelización, a una aceptación en fe por parte de los todavía no creyentes; y es que este plan de Dios, este misterio de salvación, está pendiente de su realización, de la apropiación subjetiva por parte de los hombres, del mundo entero, beneficiarios todos de este plan divino de salvación.

De este «misterio» de salvación nos habla San Pablo al final de la Carta a los Romanos: desde su primera situación de esclavos de las pasiones, vergonzosas y hasta inconfesables (Rom. 1, 24), pasando por la fe (Rom. 3-4), la esperanza y la caridad (c. 5), vivencia del bautismo (c. 6, 2-11), de la esclavitud a la libertad de los hijos de Dios (cc. 7 y 8), del egoísmo a la disposición plena de los carismas de cada uno al servicio de Cristo y de la Iglesia (c. 12), la plenitud de la Ley en el amor (c. 13, 8 ss.) hasta las frases finales de la carta, San Pablo tiene conciencia de no haber hecho otra cosa que presentar «el evangelio de la predicación de Cristo Jesús, revelación de un misterio mantenido en el secreto de Dios pero manifestado al presente, por las Escrituras que lo predicen, por disposición del Dios eterno, dado ahora a conocer a todos los gentiles para obediencia de la fe, a Dios único sabio por Jesucristo: a El la gloria por los siglos de los siglos» (Rom. 16, 25-27).

b) «*Este sacramento que es Cristo entre vosotros, esperanza de la gloria*» (Col. 1, 27).

Con toda la carta a los Colosenses San Pablo pretende presentar explícitamente y en concreto el único sacramento de Dios que es Cristo entre nosotros, esperanza de salvación para el mundo. Lo que San Pablo quiere a lo largo y ancho de esta carta es que «alcancen en toda su riqueza la plena inteligencia y el pleno conocimiento del misterio de Dios en el cual están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia [de salvación]» (Col. 2, 1-3).

Para la teología sacramental interesa destacar, tomándolos de esta Carta, los siguientes elementos: que Cristo es «imagen visible del Dios invisible» por consiguiente el Sacramento de Dios (Col. 1, 15); que «El es la Cabeza del Cuerpo, es decir, de la Iglesia» (Col. 1, 18): Cabeza y Cuerpo forman un único Sacramento de Dios, no son dos sacramentos distintos entre sí: véase a este respecto la afirmación conciliar del Vaticano II en el comienzo mismo de la Constitución sobre la Iglesia: «la Iglesia es en Cristo sacramento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todos los hombres entre sí» (LG 1); sigue la carta a los Colosenses diciendo que «Dios tuvo a bien hacer residir en El toda la plenitud y reconciliar por El y para El [= hacia El] todas las cosas [= todo el mundo] pacificándolo todo mediante la sangre entregada por El desde la cruz» (Col. 1, 20).

Cristo es presentado aquí por San Pablo como sacramento de atracción

aún para los que en otro tiempo fueron extraños y enemigos por su manera de pensar y obrar; ahora bien, Cristo los ha reconciliado por medio de la muerte de su carne por amor (Col. 1, 22). Los frutos de esta «sacramentalidad» ejercida por Cristo a través de su vida y misterio pascual, son presentados por San Pablo a continuación: su significación y eficacia llenan hasta «lograr presentarnos santos, inmaculados e irreprochables delante de El» (Col. 1, 22).

Para todo ello insiste San Pablo, es *necesaria la fe*: «permanecer sólidamente cimentados en la fe, firmes e inmovibles en la esperanza del Evangelio que oísteis» (Col. 1, 23). Y es aquí donde nuevamente el Apóstol da prioridad a su misión evangelizadora, afirmando clara y repetidamente su misión primordial como ministro del Evangelio [antes que de sacramentos]; en efecto, San Pablo dice que soporta todos los padecimientos, más aún, se alegra de ellos por los evangelizados (v. 24); para esto completa en su carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo (v. 24); en este sentido se llama a sí mismo ministro de la Iglesia (v. 25); lo que quiere ante todo es dar cumplimiento a la Palabra de Dios, al misterio escondido en Dios manifestado ahora a los creyentes, a quienes quiso y quiere dar a conocer la riqueza de la gloria de este misterio [sacramento] entre vosotros, que es Cristo, esperanza de la gloria (Col. 1, 24-27).

c) «Este misterio [sacramento] es grande: hacia Cristo y hacia la Iglesia» (Ef. 5, 32).

El tema del misterio aparece con frecuencia en San Pablo; también en la carta a los Efesios: y aparece como misterio o sacramento de las tres personas divinas:

1. «Sacramento de la voluntad [salvífica] del Padre»: un designio libre del Dios Soberano, que nos ha elegido en Cristo antes de la creación del mundo (v. 4); se trata de una verdadera vocación (v. 11) a filiación divina (v. 5); no es exigencia nuestra, sino gracia inmerecida (v. 6), de redención (v. 7), es decir, de salvación (v. 13).

2. Es misterio o sacramento de Cristo: aunque es originariamente es del Padre, sin embargo es revelado y realizado por Cristo. En efecto, en Cristo somos bendecidos (v. 3), en El hemos sido elegidos (v. 4), predestinados (v. 5), gratificados (v. 6). En Cristo obtenemos la remisión y el perdón (v. 7); en El han sido restauradas todas las cosas (v. 10). Es éste el sacramento que se le ha dado a conocer por revelación (3, 3-4).

3. Sacramento del Espíritu Santo, que es el sello que Dios imprime a los suyos (1, 13): «el don del Espíritu culmina la ejecución del plan divino y su exposición en forma trinitaria. Iniciado ya desde ahora en forma misteriosa, mientras dura todavía el mundo viejo, conseguirá su plena reali-

zación cuando se establezca el Reino de Dios en forma gloriosa y definitiva, en la Parusía de Cristo» (cf. Biblia de Jerusalén, nota b).

¿El matrimonio cristiano como misterio? Los datos que hemos aducido desde las Cartas de San Pablo en torno a «misterio» o «sacramento» son también fundamentales para entender debidamente este misterio de salvación aplicado al matrimonio cristiano, el de los bautizados (Ef. 5, 26) y creyentes (Ef. 5, 26.30). Precisamente las dos claves para entender la grandeza salvífica de este matrimonio cristiano y eclesial, son la palabra «misterio» y la partícula dinámica «eis», que quiere decir tendencia hacia, en este caso del matrimonio vivido [en bautismo y fe] hacia Cristo y en la dimensión eclesial (Ef. 5, 32). Puesto que la participación activa del sacramento del matrimonio en la historia de la salvación ha sido el tema central de mi libro monográfico *El matrimonio cristiano y la familia* (Madrid: BAC, 1973), a él me remito en este tratado general sobre los sacramentos.

CONCLUSIONES Y SÍNTESIS.

Una exégesis de los textos de San Pablo en los que aparece la palabra «misterio» o «sacramento» y de otros en los que no aparece la palabra misma pero sí la realidad significada, debe servirnos para recoger ahora los elementos doctrinales que nos interesan para completar y dar base a la noción de sacramento, exponiendo primero de un modo sintético y orgánico la teología paulina de este misterio de salvación: ¿qué es?

1. *Signo, figura y símbolo* de realidades salvíficas que son Cristo y la Iglesia. Así por ejemplo, el matrimonio cristiano es signo y hasta símbolo eficaz de una relación superior y eminente que existe entre Cristo y la Iglesia; de este Matrimonio con mayúscula recibe aquél otro, contraído entre hombre y mujer bautizados y creyentes su significación y la gracia eficaz de santificación (Ef. 5, 32).

2. *La realidad salvadora*: «misterio» significa otras veces en San Pablo no ya el signo sino la realidad misma salvadora: la voluntad salvífica de Dios puesta en la historia humana (Rom. 16, 25), que adquiere cuerpo en Cristo, Sacramento del encuentro con Dios (Col. 1, 27), su Cruz (I Cor. 2, 6-10); y su Cuerpo que es la Iglesia misma (Col. 1, 18).

3. *La conexión* entre aquellos signos y estas realidades salvadoras es también *misteriosa*; y permanece misteriosa aún después de ser aceptada por la fe; esa conexión entre sacramento y salvación es inteligible por la revelación y la fe, pero sigue permaneciendo misteriosa.

4. *La misión del Apóstol* es también misteriosa en este sentido, pues es reveladora del plan divino de salvación a través de palabras y signos

visibles asumidos por Cristo y la Iglesia; misión del Apóstol es favorecer el encuentro de los hombres con Dios a través de aquellos signos, figuras, símbolos, que indican y llevan a las realidades salvíficas: Dios, Cristo, la Iglesia.

5. *El misterio se refiere a la economía de salvación*: no es, pues, algo puramente doctrinal; ni siquiera primariamente un rito, sino un plan de salvación que se revela y realiza en diversos planos o tiempos que se coordinan y conjugan entre sí; veamos en qué manera:

a) *Es misterio del Padre*: tiene su origen en la bondad de Dios Padre, en su invisible eternidad, depende absolutamente de Dios, es anterior a nuestra iniciativa: es decisión libre y amorosa del Padre, como tal.

b) *Misterio de la sabiduría del Hijo*: ese misterio o sacramento de la voluntad salvífica del Padre no es voluntad ciega, sino sabia, no es puro impulso de la benevolencia del Padre, mucho menos alógica ni irracional, aunque sí misterioso para nosotros mismos que somos sus destinatarios y beneficiarios. Es un misterio sabio, una «ideación» del Padre, prudencia y acierto del Padre en el Hijo, que es la Sabiduría y la Palabra del Padre: Dios sabe lo que hace; y lo hace diciendo, significando. Dios salva a los hombres no como objetos de salvación (como se salva y se redime una moneda de oro perdida, sin que ella se entere) sino como a personas, dialogando con éstas, diciéndoles de antemano cuál es su fin, su designio salvífico: tratando de llevar a los hombres primero a la fe y comunión con este plan de Dios que luego se quiere ofrecer en los sacramentos y realizar en la comunidad.

c) *Eficacia en el Espíritu* así como no es simple deseo del Padre, tampoco es pura idea y pura palabra en el Verbo; es misterio eficaz, operante en virtud del Espíritu Santo que, siendo el amor entre el Hijo y el Padre, nos conduce eficazmente con la eficacia del amor, que es la única válida.